

Economía y pedigrí

Gabriel Tortella

Niall Ferguson

EL TRIUNFO DEL DINERO. CÓMO LAS FINANZAS MUEVEN EL MUNDO

Trad. de Francisco J. Ramos

Debate, Madrid 442 pp. 24,90 €

James K. Galbraith

THE PREDATOR STATE. HOW CONSERVATIVES ABANDONED THE FREE MARKET AND WHY LIBERALS SHOULD TOO

Free Press, Nueva York

Estos dos libros tienen poco en común, aparte de tratar temas económicos. Sus autores también tienen poco en común, aparte de pertenecer a la élite académica norteamericana. Pero la diferencia de sus orígenes y el contraste de sus carreras constituyen un contrapunto interesante que explica lo mucho que hay de dispar en sus obras y también aquello, poco, que tienen de similar. Ferguson es historiador económico de origen británico, escocés por más señas, de orígenes modestos, que ha tenido una carrera académica meteórica, desde un oscuro barrio de Glasgow hasta una cátedra en Harvard, con otros puestos de investigador en Oxford y Stanford, pasando por la propia Oxford y por los archivos de la casa Rothschild en Londres, y con un copioso haber de publicaciones que le han dado gran notoriedad, aunque en España –con los criterios de la ANECA– no le hubieran permitido alcanzar una cátedra porque apenas tiene artículos científicos en su activo. Ferguson posee el oficio del historiador británico –no es economista de carrera–, y es buen prosista y excelente expositor. Es el clásico *parvenu* académico: evidentemente, se propuso alcanzar la cima a partir de la nada y lo ha logrado, habiendo por el camino producido varios libros de gran impacto, alguno un tanto absurdo.

Galbraith, por contraste, es un brahmán en su campo, hijo del famosísimo John Kenneth Galbraith, economista «liberal» de Harvard, asesor de presidentes, mentor de John Fitzgerald Kennedy y embajador de Estados Unidos (pese a su origen canadiense). Este Galbraith padre tampoco publicaba artículos en revistas científicas, pero produjo libros memorables, como *La sociedad opulenta* o *El nuevo estado industrial*, que en la universidad española tampoco le hubieran servido de nada, aunque fueran lectura obligatoria en muchos cursos. He entrecomillado la palabra «liberal» porque, como es bien sabido, en Estados Unidos significa «de izquierdas» mientras que en Europa viene a significar todo lo contrario. Este es el sentido con que James Galbraith la emplea en el subtítulo de su libro, que podríamos traducir libre pero adecuadamente por: «De cómo la derecha abandonó el libre mercado y de por qué la izquierda debe hacer lo mismo». James Galbraith, que sí publica artículos científicos y que es catedrático en la Universidad de Texas, trata en este libro de demostrar, entre otras cosas, que puede ser tan cáustico, paradójico, rebelde, iconoclasta y «liberal» como lo fue su padre, al que, por cierto, cita repetidamente. Y, como su padre y como Ferguson, es un excelente prosista. Nos enfrentamos, por tanto, a dos libros bien distintos con un rasgo en

común, aparte de la buena prosa: aunque de maneras y por motivos diferentes, ambos autores son ávidos buscadores de notoriedad.

El libro de Ferguson (leído en una edición estadounidense antes de que apareciese la traducción española) tiene la notoriedad casi garantizada, porque, como se indica en la camisa, es la base de una serie de televisión, uno de esos programas divulgativos a los que su autor se dedica ahora. El de Galbraith persigue la notoriedad a fuerza de originalidad y paradoja, de desafiar y ridiculizar lo que él considera que es el modelo macroeconómico convencional, lo que en un capítulo llama «La guerra del tío Milton», refiriéndose, naturalmente, al gran economista de Chicago Milton Friedman. La verdad es que Galbraith, como diría un castizo, «se pasa un pelín». Su argumento, sobre todo al principio, tiene fuerza y garra, pero poco a poco se va desdibujando hasta acabar casi en la banalidad. Su premisa es cierta: los conservadores de Bush abandonaron toda pretensión de coherencia intelectual y de fidelidad a sus principios: redujeron los impuestos, aumentaron el gasto público y produjeron unos déficits monstruosos, todo ello sin más justificación doctrinal que una vaga referencia a la «economía de la oferta» (*supply-side economics*) que, según Galbraith, es un «experimento [que] se hizo y fracasó». Como todas las ideas de los economistas conservadores han fracasado, nos dice, «George W. Bush por principio renunció a emplear a conservadores de principios, lo cual provocó el airado rechazo de éstos [y así, Bush] presidió un gobierno descaradamente lleno de hombres de negocios y sus representantes, gobernando prácticamente sin cobertura académica» (pp. 8-9). Después de esta andanada, Galbraith se dedica, capítulo por capítulo, a ir desmontando «el mito dominante» y sus cuatro principales pilares: «monetarismo, economía de oferta (incluyendo rebajas de impuestos y desregulación), presupuestos equilibrados y librecambismo».

Por supuesto, no es difícil ridiculizar los mitos de la ciencia social, porque los conceptos básicos carecen totalmente de sustancia corpórea: lo mismo puede denunciarse el concepto de mercado que el de democracia o el de justicia. El ejercicio de demolición de Galbraith me recuerda al que emprendió el gran historiador económico John Clapham, que escribió, hace casi un siglo, un artículo afirmando que los conceptos básicos de la teoría económica eran «cajas vacías», y preguntándose, entre otras cosas, dónde estaba la función de demanda cuya elasticidad era la unidad. Reproduciendo, quizá sin saberlo, el ejercicio de Clapham, Galbraith se pregunta, por ejemplo, qué es y dónde está el mercado que, en la jerga de los economistas, no está en ningún sitio, es como el diablillo de Maxwell, es «un salón de baile mágico donde la Oferta se encuentra a la Demanda, la liga y la corteja» (p. 20). Así, según Galbraith, el ser humano medio se resiste a «calcular las consecuencias de sus decisiones de la manera predicha» por los economistas, y el ahorro no tiene nada que ver con el tipo de interés, porque «el ahorro es lo que sobra» (p. 28). Esta afirmación es muy keynesiana, pero también muy exagerada. Los «experimentos» muestran que tanto los individuos como las empresas darán un destino u otro a «lo que sobra», y que sobrará más o menos, según el tipo de interés que rijan en el mercado, aunque haya otros factores que también influyan.

Algo parecido hace Galbraith con el librecambio. Naturalmente, la libertad total de comercio es muy difícil, entre otras cosas, porque ello requeriría que no hubiera impuestos y, por lo tanto, que no hubiera Estado. Ello justificaría el título del correspondiente capítulo, el sexto, que es otro puntazo (intraducible) al tío Milton

Friedman: «El mercado libre no existe» (*There is no such thing as a free market*; sustitúyase *market* por *lunch* y se tendrá el más famoso aforismo friedmaniano). Aquí, sin embargo, el gran villano es David Ricardo, porque la teoría de la ventaja comparativa está basada en un cálculo casero, un «ejercicio de libro de texto» y no se puede generalizar con rigor. Esto es cierto, por supuesto, pero es aplicable también a toda la teoría económica. Los modelos económicos son eso, modelos, que tratan de reproducir los rasgos más relevantes del mundo real y raramente lo consiguen con éxito. De eso se quejaba ya Clapham hace tanto tiempo. Toda abstracción es criticable y la economía es muy falible, como la crisis actual demuestra palpablemente. Pero al final Galbraith se ve reducido a un escepticismo bastante pedestre y a una defensa de la planificación que tiene su lógica, pero que es tan vulnerable a la crítica como la fe en el mercado[1].

En esta materia, el libro de Ferguson ofrece un contrapunto. Ya el título, que es una paráfrasis no sólo de Darwin, sino también de Jacob Bronowski[2], revela una actitud optimista. Ferguson cree que el dinero «es la raíz de una gran parte del progreso» y que las finanzas son el secreto del Renacimiento italiano, de los imperios holandés y británico, y del «triumfo de los Estados Unidos en el siglo XX» (pp. 2-3). También afirma que Nathan Rothschild, el fundador de la saga en Inglaterra (a quien más tarde llama «el Bonaparte de las finanzas»), contribuyó a la derrota de Napoleón en Waterloo tanto como el duque de Wellington, y que la insensatez financiera, el ciclo destructivo de suspensiones y devaluaciones, fue lo que tornó a Argentina de ser el sexto país más rico del mundo en la década de 1880 a la ruina inflacionista de un siglo más tarde. Pero la necesidad de mantener la atención del espectador (y también del lector, sin duda), le lleva inmediatamente a hacer afirmaciones tan tontas como que, a causa del crecimiento vertiginoso de los activos financieros, «el planeta Finanza está empezando a empequeñecer al planeta Tierra. Y el planeta Finanza también gira más deprisa», y a pasar acto seguido a hablar de Mary Poppins (pp. 4-5). El *time-share* y los *ratings* tienen estas cosas.

El libro tiene una introducción, seis capítulos y un epílogo. Es de suponer que el serial televisivo tendrá la misma estructura. A Ferguson también le gustan los títulos ingeniosos, como ya se ve en el del libro. El primer capítulo, sobre el dinero como medio de pago, se titula «Sueños de avaricia» y habla bastante del rey Midas, del mercader de Venecia y de la ambición de los conquistadores españoles, a lo que se añade un breve galope por la historia de la banca. El segundo copia el título de una de las novelas más famosas de Somerset Maugham, *Of Human Bondage*, porque habla del mercado de obligaciones, *bonds* en inglés. Ha tenido la misericordia de ahorrarnos una alusión al héroe de Ian Fleming. Pero no ha podido resistir la tentación de titular el tercero «Blowing Bubbles» («haciendo pompas» o «burbujas») porque trata de las bolsas, con sus crisis y sus pánicos. El cuarto capítulo trata sobre los seguros y, por supuesto, comienza hablando del huracán Katrina, que destruyó gran parte de Nueva Orleans en agosto de 2005 (para Galbraith fue el Chernobil de Estados Unidos) y que enriqueció a un sinnúmero de abogados en los años siguientes. Hay que decir que en este capítulo Milton Friedman no es el torvo tío Milton de Galbraith, sino el héroe que trajo el crecimiento económico a Chile recomendando la lucha contra la inflación, la liberalización de la economía y la instauración de un fondo capitalizado de pensiones (Ferguson, naturalmente, menciona además a José Piñera, el ministro que creó el sistema, y a una serie de economistas chilenos y estadounidenses que redactaron el

proyecto). El quinto capítulo trata sobre el mercado hipotecario, se titula «Safe as Houses» («Seguros como casas»), pero concluye, en especial a la vista de lo que ha ocurrido con el mercado inmobiliario en América y Europa recientemente, que la inversión en edificios no es tan segura, que también hay burbujas inmobiliarias, y que lo mejor es diversificar activos, opinión sin duda sensata, pero escasamente novedosa.

El sexto capítulo quizá sea el más polémico: titulado «From Empire to Chimerica» («Del imperio a la quimera», o «a Chinamérica»), es una narración de los recientes acontecimientos económicos internacionales, con la crisis como centro. *Chimerica* es una palabra invención del propio Ferguson (China-América), que tiene la virtud de evocar a la quimera mitológica, animal fabuloso y peligrosísimo. La conjunción del ahorro chino y la prodigalidad estadounidense permitieron mantener esa tan citada burbuja inmobiliaria durante largos años gracias a unos tipos de interés anormal y prolongadamente bajos. Unamos a esto la arrogancia de los magos de las finanzas que creyeron que las matemáticas permitían leer el futuro, y la codicia de banqueros y financieros libres de regulación y, sobre todo, de inspección adecuada, y nos encontramos con la tan citada burbuja especulativa. La quimera perdió a los que creyeron en ella. El libro acaba con un canto al progreso, sobre todo al financiero, y con un intento poco convincente de interpretar la historia financiera en términos evolutivos.

En definitiva, dos libros provocativos, bien escritos e instructivos, con los autores muy en su papel: el *parvenu*, conservador y optimista; el brahmán, demoledor y crítico.

[1] Galbraith descubre los motivos de su hostilidad hacia la derecha en la primera página, donde nos cuenta que hacia 1980, cuando él trabajaba para una comisión gubernamental, «la alianza conservadora devaluaba mi educación keynesiana, obstruía mi carrera, y me privaba [...] de acceso a las palancas del poder».

[2] Charles Darwin es autor de *The Descent of Man*, libro casi tan importante como *El origen de las especies*. Jacob Bronowski es autor de un libro y de una serie de televisión con el título *The Ascent of Man*, que es una magnífica síntesis de historia de la ciencia.